

laicos, perecieron; fué quemado un individuo en Tolosa, en 1322, por haber añadido á sus letanías los nombres de setenta «espirituales» ya sacrificados. Una mujer quemada en Carcasona en 1325 comparaba las recientes carnicerías de «espirituales» y leprosos á la degollación de los inocentes. A pesar de todo, Juan XXII comprobaba en 1331 que la secta estaba más floreciente que nunca: había penetrado en Aragón, para durar obscuramente hasta fines del siglo.

Las corrientes que en el siglo XIII agitaron el mundo de los clérigos no siempre se hicieron sentir en la sociedad laica. El contaminarse los laicos del joaquinismo franciscano en el Mediodía fué un accidente local. La tropa arrogante y pleitista de los peripatéticos vivía en una torre de marfil, casi sin comunicación con el exterior. Pero el estado de espíritu de los amigos de Roger Bacon no era raro entre el gran público, indiferente á las especulaciones trascendentales.

IV.—Literatura en lengua vulgar (1)

Las corrientes del siglo XII no desaparecieron en pocos días. En primer lugar, el siglo XII se prolonga, desde el punto de vista literario, por lo menos hasta 1240; en segundo lugar, aun después de 1240, se rehicieron ó se imitaron canciones de gesta, poemas de aventuras y novelas rimadas de la época precedente. Grandes señores del siglo XIII, como Pedro Mauclerc y Carlos de Anjou, cultivaron la poesía á la moda de Luis VII y Felipe Augusto: la poesía cortés no se extinguió por completo hasta 1280. Además, la literatura en lengua vulgar del siglo que abraza desde Luis IX al advenimiento de los Valois es rica en producciones anodinas, que no son, propiamente hablando, de ninguna época determinada de la Edad media; pasaremos en silencio, de propósito, así las supervivencias más ó menos artificiales, como las obras anodinas: de unas y otras hablan convenientemente las historias literarias.

Las obras que han sido siempre consideradas, con razón, como las más características del siglo de Luis IX y de Felipe el Hermoso son el *Román de la Rose* y el *Román du Renard*.

El primer *Román de la Rose* es la obra de la juventud de un clérigo llamado Guillermo de Lorris, que lo comenzó probablemente bajo la regencia de Blanca de Castilla. Es un «arte de amar» cortésmente, bien compuesto, bien escrito, para un público aristocrático, por un literato delicado, galante, gracioso, un poco amanerado, discípulo del gran novelista psicólogo y mundano del siglo XII, Cristián de Troyes. Es la última y una de las más lindas flores de la literatura que había estado en moda en las cortes de la reina Alienor y de la condesa María.

El segundo *Román de la Rose* fué redactado, hacia 1270, por Juan Clopinel, de Meun-sur-Loire, burgués bien acomodado, maestro en artes, que más tarde «sirvió á grandes personajes de Francia», tradujo el *De re militari*, de Vegetio, para Juan de Brienne, conde de Eu; la *Consolación*, de Boecio, para Felipe el Her-

(1) La *Histoire de la littérature française*, publicada bajo la dirección de M. Petit de Julleville, contiene (tomos I y II) la exposición del estado de la ciencia y los datos bibliográficos hasta 1896.

oso, y murió en 1305. Juan Clopinel de Meun había estudiado en la Universidad de París; está nutrido, no de las novelas de la *Tabla Redonda*, sino de literatura antigua, de historia, de metafísica y de ciencia; ha leído los humanistas, Aristóteles, la *Suma* del Seudo-Geber, Guillermo de Saint-Amour, y tal vez Roger Bacon. Su novela es, ya no un «arte de amar» cortés, sino una enciclopedia, una descosida colección de disertaciones teológicas, filosóficas, científicas, políticas y de sátiras contra las mujeres, contra las nuevas órdenes religiosas, contra los reyes y contra los grandes. Su estilo no es amanerado; es brutal. No pinta el ideal, sino la vida. No dice cosas convencionales, sino lo que piensa. Y piensa muy atrevidamente: combate á los que abdican, al entrar en un convento, de su libertad natural; combate el celibato de los curas; da el primer boceto de Tartufo, bajo el nombre de Faux-Semblant; en amor es comunista; en política no tiene ningún respeto por la nobleza de sangre; opina que conviene colocar á los sabios por encima de los príncipes; declara que los bailes y los sargentos, etc., son un azote, y que los reyes están á la merced del pueblo, porque «cuando sus hombres querrán, retirarán al rey su ayuda, y el rey se quedará solo así que lo quiera el pueblo.»

Los antiguos *Román du Renard*, que pertenecen á fines del siglo XII, «se distinguen, en sentir de los mejores jueces» por muy agradables cualidades; su estilo es natural, holgado; las pinturas son finas y verdaderas; constituyen una parodia amable de la sociedad humana y de la epopeya seria, una *bufonería*... Pero los tres *Román du Renard* que datan del siglo XIII, no tienen, ni mucho menos, tan buenas prendas. El *Couronnement Renard*, escrito después de 1251, es una pesada sátira contra las órdenes mendicantes. *Renard le Nouveau*, por Jacquemart Gelée, de Lilla, es también una sátira; frecuentes alusiones á los escándalos que en 1288 tuvieron lugar en dicha villa la hacen un poco obscura. En cuanto á *Renard le Contrefait*, fué escrito antes de 1322 y revisado hacia 1330 por un «especiero» de Troyes. En esta importante obra, el tema tradicional de las aventuras del zorro no es más que un pretexto para disertaciones doctas y observaciones satíricas, como el tema de la rosa en la obra de Clopinel. Como Clopinel, el especiero de Troyes tiene su barniz de teología, de filosofía, de historia, de astronomía, de medicina, etc.; nada de cuanto concierne á las siete artes le es extraño; su zorro es buen dialéctico y está cargado hasta la gola de citas sagradas y profanas. Es un sabio á medias, un pedante; pero es también un librepensador. Se extiende en discursos sobre los orígenes de la servidumbre y del poder real, sobre las causas de la desigualdad entre los hombres y contra la nobleza, que le inspira una cólera inextinguible. Se ha dicho que Juan de Meun es «el Voltairre del siglo XIII;» se nos permitirá añadir, por consiguiente, que el autor de *Renard le Contrefait* fué un especiero volteriano.

En resumen, bajo los velos de las alegorías, en que se envolvieron para seguir los gustos de su tiempo, Juan de Meun y el especiero de Troyes tienen muchos puntos comunes: la pasión de saber, el pedantismo famoso, la costumbre de reflexionar sobre los grandes problemas de la naturaleza, de la historia y de las sociedades humanas, la brusca independencia y la rudeza demo-

crática. Todos estos trazos se encuentran también, más ó menos relevados, en la mayor parte de los escritores contemporáneos.

La afición por la ciencia y la vulgarización científica manifestóse, en el siglo XIII, por la publicación de un gran número de traducciones y de enciclopedias en lengua vulgar, cuyos autores se propusieron comunicar á las gentes mundanas los conocimientos de los clérigos. Juan de Meun, que trasladó á su libro extractos y fragmentos de muchos libros en latín, expresó el deseo de que estos libros fuesen íntegramente traducidos. El

ticias tomadas de los «experimentadores» modernos, viajeros y otros. Las dos últimas partes del libro son tratados de moral, de retórica y de política. El autor compara en ellos el régimen político de las repúblicas de su país, que describe, con el del reino de Francia. Por el fondo y por la forma, el *Trésor* de Brunetto es una enciclopedia muy superior á las precedentes.

En los comienzos del siglo XIV, las obras de enseñanza en lengua vulgar eran ya muy numerosas: resúmenes de historia universal y los *Instituta* de Justiniano habían sido traducidos al francés y aun versificados. Exis-



San Luis partiendo para la Cruzada. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

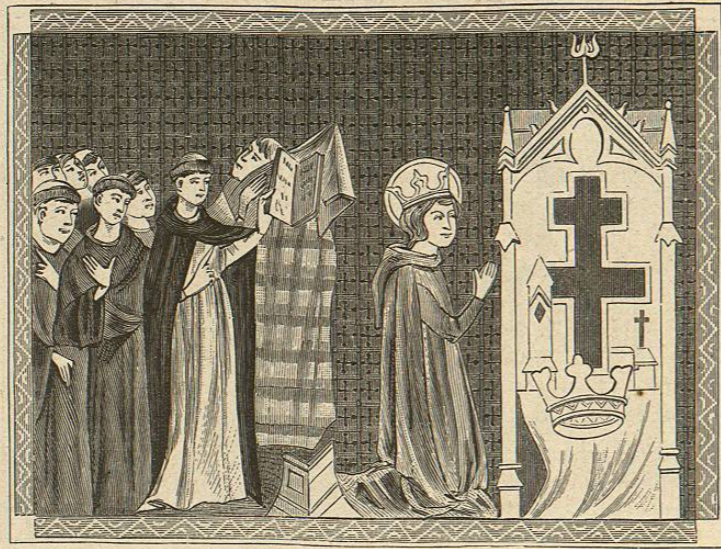
mismo pensamiento hizo componer, desde mediados del siglo XIII, toda suerte de mezcolanzas y compilaciones para uso de los laicos.

Hay dos grandes manuales anteriores á 1250: la *Image du monde*, de Gautier de Metz, y la *Fontaine de toutes sciences*, del «filósofo Sidrach.» A la verdad, en estas obras falta por completo el espíritu crítico: son colecciones de trivialidades y de fábulas extravagantes, tomadas en las más bajas fuentes. La *Image du monde*, redactada en 1245, está destinada á hacer conocer someramente del gran público las «obras de clerecía» relativas á la cosmogonía, á la astronomía y á la geografía. La *Fontaine de toutes sciences*, tal vez un poco anterior, es un catecismo de *omni re scibili*, bajo la forma de diálogos entre dos interlocutores, el rey Boctus y el filósofo Sidrach. «La ciencia de que el autor trata allí minuciosamente no es sino rutina, tautología, confusión, como dice muy bien Renán; las contradicciones de Sidrach son perpetuas; los más graves problemas del sistema del mundo pasan ante sus ojos sin despertarle la menor señal de inteligencia.»

Hacia 1265, un italiano que residió algún tiempo en Francia y en Inglaterra, Brunetto Latini, escribió en francés su *Trésor*. «Es decía, un panal de miel, sacada de diversas flores.» Allí pasa primeramente en revista la historia santa, la historia profana y la historia natural, según la Biblia, Solín, Isidoro de Sevilla y los antiguos *bestiarius*, aunque no sin insertar acá y allá no-

tían en francés libros de derecho (como el *Conseil* de Pedro de Fontaines, el *Livre de justice et de plait*), de medicina (como el *Régime du corps* de Aldebrando de Florencia, la *Chirurgie* de Enrique de Mondeville), y tratados de política: el *Defensor pacis* de Juan de Jandún y de Marsilio de Padua fué traducido. Pero, sin contradicción, el más notable de los libros de vulgarización en tiempos de Felipe el Hermoso es el *Livre des secrets aux philosophes*. El espíritu del autor de este singular escrito está en vivo contraste con el del filósofo Sidrach, aunque los libros de ambos autores fueran muy del gusto de los literatos en los siglos XIII y XIV. El *Livre des secrets*, como la *Fontaine* de Sidrach, pone en escena dos interlocutores ficticios: el joven Plácido, que pregunta, y su maestro Timeo, que resuelve sus dudas: abraza también el conjunto de los conocimientos y de la filosofía humana, solamente que el autor está en comunidad de ideas con Juan de Meun y con el especiero de Troyes. El cuestionario de Plácido atestigua una verdadera curiosidad y el conocimiento del punto fijo de los problemas que admiramos en las memorias de Roger Bacon á Clemente IV. Como los ejemplos de Bacon, las respuestas de Timeo son generalmente débiles, porque la ciencia no estaba constituida; pero ¿no es ya mucho que se la concibiera desde entonces? Timeo ignora casi totalmente la historia, aun la historia sagrada, porque «los libros de los hebreos» (así llama á la Sagrada Escritura) no le eran familiares; por el con-

trario, la historia natural y la fisiología le apasionaban. Ni había dejado de hacerse una filosofía del desarrollo de las sociedades, fuertemente laica y democrática: «El inventor de la caballería fué, dice, un gran cazador, llamado Nemrod: este fué el primero que impuso por violencia tallas, ayudas y otros subsidios, los cuales fueron mantenidos cada vez más, no por buenas razones ni por derecho alguno natural, porque por derecho natural todo lo que proviene de la tierra pertenece á todos los hombres. He aquí por qué las tierras y las provincias han estado y están ahora divididas en imperios, reinos, ducados, condados, baronías, etc., mientras el pueblo es tallado, robado y comido violentamente. He aquí por



San Luis adorando las santas reliquias. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

qué hay todavía impuestos y derechos sobre pasajes y riberas, aunque Dios no haya criado estas cosas para uno, para dos ó para muchos, sino para prestar servicio á todos.» Los sacerdotes llegaron á apoderarse del dominio de las almas, persuadiendo á los laicos de que obtenían del cielo todo lo que querían; los reyes les consultaron, y ellos no quisieron responder si no se les eximía de impuestos y se les concedían rentas y diezmos. Tal es, según Tímeo, el origen de las inmunidades de la Iglesia.

Los escritores «burgueses» emancipados por la cultura filosófica, no tuvieron, á fines del siglo XIII, el privilegio del atrevimiento y de la sinceridad que dan tanto sabor á sus escritos. Casi toda la literatura original en lengua vulgar está animada del mismo espíritu.

Los predicadores contemporáneos de San Luis y de Felipe el Hermoso no se parecen en nada á los de la edad precedente, que eran retóricos consumados. En el siglo XIII, los predicadores que se dirigían á auditorios de clérigos, y que, por consiguiente, escribieron y hablaron el latín, siguieron, en su mayor parte, el método escolástico; es decir, intentaron demostrar laboriosamente, en estilo de escuela, puntos de moral ó de doctrina, con gran refuerzo de autoridades y distinciones. Los otros que hablaban en lengua vulgar ante auditorios laicos (pero cuyos sermones casi todos han sido conservados en latín ó en latín mezclado de francés) renunciaron al estilo sostenido y á las alegorías ingenio-

sas que en otro tiempo estuvieron en vigor. «La espada afilada de la argumentación, dice el cardenal Jaime de Vitri, no tiene poder sobre los laicos: á la ciencia de las Escrituras, sin la cual no se puede dar un paso, es preciso unir ejemplos recreativos y, sin embargo, edificantes.»

Un predicador experimentado, según el ideal del siglo XIII, debía tener á mano una provisión de anécdotas y recuerdos, un sin fin de ejemplos instructivos, de adagios y parábolas. El orador popular del tiempo de San Luis conocía á sus oyentes: sabía que, si les aburría, les vería «emigrar á las representaciones de los juglares.» Por lo tanto, se sacrificaba voluntariamen-

te á la moda, porque era el primero en divertirse con sus relatos. La mayor parte de los predicadores trashumantes, regulares ó seculares, eran del pueblo y compartían sus aficiones. Compartían igualmente sus pasiones, y por esto son sus sermones tan estupendamente libres de lenguaje: «Somos, decían, los encargados de ladrar en la casa del Señor.» Y ladraban, en efecto, muy voluntariamente, sobre todo contra los ricos, los poderosos y los dignatarios de todas las jerarquías. Provocaban, sin preocuparse mucho, el odio contra los aristócratas y los funcionarios, contra los clérigos prebendados y perezosos, y aun contra la propiedad. También tuvieron el sentimiento confuso de una justicia social que no existía: «Los gobernantes de nuestro tiempo, dice Everardo de Val-des-Ecoliers, son como ciegos que tienen perros por lazarillos. Los perros se llaman consejeros, bailes, prebostes, etc., y son tan completamente perros, hablando bien, que siempre aplauden á sus dueños con las colas acariciadoras y persiguen á los extraños, sobre todo á las pobres gentes, á las buenas gentes, para morderles y desgarrarles.» «Es costumbre, dice Daniel de París, hacer gran fiesta cuando nace el hijo del rey: esto he visto siempre en Francia: con más razón debe festejarse en este día de Navidad el nacimiento del Hijo del Rey del Paraíso. Los príncipes vienen al mundo, no para darnos algo, sino, al contrario, para quitárnoslo, mientras que el Hijo del Rey celestial ha venido para pagar nuestras deudas.» «Todas las rique-

zas, dice Guiard de Laón, que fué obispo, provienen del robo; tengo por verdadero este dicho: que todo rico es un ladrón ó el heredero de un ladrón.» Un anónimo se permitió censurar al mismo Dios: «Un charlatán, invitado por un sacerdote á hacer testamento, dijo: «Tengo dos caballos, doy uno al rey y otro al obispo; en cuanto á mis trajes, serán para los barones y demás ricos.—Pero ¿y los pobres?» dijo el sacerdote. Y replicó el charlatán: «¿No predicáis diariamente que imitemos á Dios? Yo lo imito: doy todo á los ricos y nada á los pobres.»

Entre los moralistas eclesiásticos del siglo XIII hay

«juegos» que son los primeros ensayos conocidos del teatro cómico en Francia, son de una frescura incomparable. Adam de la Halle y Rutebeuf son escritores muy agradables. En Adam de la Halle, de Arras, autor del *Jeu de la feuille*, que fué ministril del conde Roberto II de Artois y de Carlos I de Anjou, ninguna profundidad, ni pasión, ni reflexión, ni tristeza, sino una pintura muy neta de la vida diaria. Rutebeuf nació no se sabe dónde ni de quién, y pasó su existencia menesterosa en París, bajo Luis IX y Felipe III. Era ministril, es decir que, como él confiesa, «hacía rimas y cantaba sobre unos para complacer á otros.» Casado (por la segun-



San Luis en la cárcel. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

más de uno con fisonomía particular: maese Roberto de Sorbón, fray Nicolás de Biard y Jaime de Lausanne, por ejemplo, se pintaron á lo vivo en sus sermones: el que los ha leído les conoce. Hombres como ellos, francos y sencillos, con dotes naturales de expresión, se encontraban en esta época en todas las esferas.

Juan de Joinville, Felipe de Novara y Felipe de Beaumanoir son representantes excelentes de lo mejor que en hombres de letras había entonces en la alta sociedad laica. De Joinville y de Beaumanoir ya hemos hablado. Casi no hay libros más fieles espejos de su autor que las «Memorias» de Joinville. Por el análisis de *Jehan et Blonde* se ha entrevisto la gracia ingenua de las novelas de Beaumanoir; pero el autor de las *Coutumes de Beauvaisis* tenía además preciosas dotes de sobriedad y fuerza. En cuanto á Felipe de Novara, jurisconsulto, historiador y hombre de Estado († hacia 1285), compuso en su vejez un tratado *Des quatre tens d'aage d'ome*, que, entre los innumerables tratados de moral y educación de la Edad media, debe colocarse en primera línea: vese allí cómo concebía un viejo gentilhombre, inteligente y bien educado, el ideal de la nobleza, al expirar el siglo.

Los mismos literatos de profesión, tuvieron en este tiempo más espontánea naturalidad que la mayor parte de trovadores que les precedieron ó les siguieron. La amena literatura del siglo XIII, en lo que tiene de original, es encantadora: los *fabliaux*, las «farsas» y los

da vez en enero de 1261), pero mal casado, con una mujer «vieja, fea» y más miserable que él, vivía en una casa «desierta, desnuda, sin pan ni pastas» «tosiendo de frío, bailando de hambre.» Le gustaba comer y beber; tenía deudas y jugaba. «No teniendo prisa de ir á su casa,» se arrastraba por las tabernas con los jugadores de *griesche*, despeinados y descalzos en verano lo mismo que en invierno. Este pobre diablo, el mejor dotado de una turba de improvisadores y bufones populares cuya traza se ha perdido, rimó, para vivir, multitud de composiciones líricas y endechas en honor de sus protectores, Anceau de Garlanda, Eudo de Nevers, Alfonso de Poitiers, Thibaut de Navarra, y, hacia el fin de su vida, composiciones piadosas para rescate de sus pecados. Pero no es en estas obras en las que se manifiesta á sí mismo, sino en las sátiras, alegóricas ó directas, en los *fabliaux* y en los monólogos que escribió por su gusto ó para las gentes de su especie. Rutebeuf fué un libelista. Todas las grandes cuestiones que durante su vida agitaron la opinión las llevó á sus canciones. Acribilló con sus pequeñas flechas á los santurrones, á los beguinos, á los devotos, á los hipócritas, á las órdenes antiguas y nuevas, de hombres y de mujeres, mendicantes y no mendicantes, que, dice, á expensas del reino se nutren bajo la protección del rey: *barrís, sachets, filles-Dieu*, trinitarios, guilleminos, menores, jacobinos, los de la Cartuja y los de Val-des-Ecoliers. Tomó una parte activa en los debates entre la Universidad de París

y los dominicos, luchando por los seculares. En su *Chanson* y en su *Dit de Pouille* exhorta a la nobleza perezosa a seguir a Italia a Carlos de Anjou; en el *Dit d'hypocrisie* celebró de una manera harto irrespetuosa para la corte romana el advenimiento de Gregorio X. La cruzada era entonces más popular entre los pobres que entre los ricos: aprovechó sus *complaintes d'outramer* para decir a los prelados, a los caballeros y a los ricos cosas muy duras que nadie había dicho en la Edad media (aunque entonces se repitieran con frecuencia) con tan violento arranque.

Después del advenimiento de los Valois se verificaron grandes cambios. Desaparecieron los antiguos géneros y les reemplazaron géneros nuevos; la lengua se transformó; convenciones literarias todavía más tiránicas que las del siglo XII fueron impuestas. Las cualidades peculiares a la literatura del siglo XIII se disiparon. ¿Por qué?

¿Fue la influencia de la Escuela, del método dialéctico y de las maneras de pensar y hablar vigentes en las escuelas, ó fue la «escolástica» en una palabra, quien mató la sinceridad del siglo de Luis IX? Es un lugar común reconocer la influencia que la escolástica ejerció, efectivamente, en la literatura y en la lengua de Francia. Se conoce, desde el siglo XIII, por la aparición de una forma nueva en la canción, el *jeu-parti* (la canción contenciosa), que «demuestra la introducción en la sociedad laica del espíritu de discusión, limitado hasta entonces a la escuela.» Se conoce por la moda, tan extendida entonces, de las personificaciones alegóricas, de las abstracciones personificadas (que sin embargo se remonta al siglo XII y a tiempos más anteriores). Se conoce por la introducción en el idioma de los modos y palabras latinas. La escolástica, imponiendo una rígida disciplina al espíritu de los laicos, les enseñó el arte de componer regularmente y conducir su pensamiento. Finalmente, se dice que con toda seguridad la cándida polimatía de las escuelas engendró el pedantismo, ya tan visible en Juan de Meun y en el especiero de Troyes.

Pero ¿no pudo ser también que el arte de escribir se hizo en las cortes señoriales de principios del siglo XIV una profesión lucrativa, honrada, y que de esta profesión se excluyeron los improvisadores demasiado libres al modo de Rutebeuf? Los ministriles populares desaparecen en tiempos de Felipe el Hermoso. Literatos oficiales, agregados al servicio de las casas principales, trabajan en adelante por cuenta de ellas; se afinan, afectan elegancia y se aplican a perfeccionar la técnica literaria. Tales fueron, entre otros, Watriquet Brassenel de Couvin, ministril del conde de Blois y de Gaucher de Châtillon, condestable de Francia (1); Gerardo de Amiéns, ministril de Carlos de Valois; Juan Maillart, que escribió para Pedro de Chambli, señor de Viarmes, la novela *Du comte d'Anjou*; Balduino y Juan de Condé, ministriles de las cortes de Flandes y de Hainaut, que, bajo Felipe IV y sus hijos, hacen pensar en Alain Chartier.

Sea como sea, el siglo XIII es un monumento único en la literatura francesa. Nunca su lengua estuvo tan extendida fuera de Francia. Brunetto Latini dice que

(1) Watriquet Brassenel compuso un gran número de obras de aparato, pero también rimó *fabliaux* de la más pura inspiración. (Véase anteriormente, pág. 363.)

es «común a todas las gentes,» y Martino de Canale que es «más deleitosa para leer y escribir que otra cualquiera.» En francés dictó el veneciano Marco Polo, en 1298, el relato de sus viajes al extremo Oriente. Entonces se hablaba corrientemente el francés entre las familias nobles de Alemania, Países Bajos e Italia del Norte y por las gentes instruidas de Inglaterra. Perdió, por mucho tiempo, esta supremacía en el siglo XIV; precisamente en la época en que, modificándose su sintaxis, hasta entonces indecisa, se transformó en el excelente instrumento analítico del pensamiento que es ahora. En el siglo XIII la lengua vulgar de Francia era todavía un poco obscura; pero era también vehículo de las historias y de las ideas que servían entonces de pasto intelectual a todo el Occidente.

CAPÍTULO IV

LA ACTIVIDAD ARTÍSTICA (2)

I. Un artista del siglo XIII, Villard de Honnecourt, según su álbum.—II. Los artistas.—III. Las escuelas y las obras.

Los contemporáneos de Luis IX y de Felipe el Hermoso vivieron en un ambiente delicioso. Tenían a sus ojos las obras maestras del siglo XII en su frescura primitiva. Y el gran movimiento artístico que se había determinado en Francia, en el siglo XII, por la substitución de las formas góticas a las románicas, no estaba agotado; bajo Luis IX alcanzó el arte gótico toda su perfección. El siglo XIII fue, para nuestro país, uno de esos momentos de intensa actividad estética, como los tuvieron Atenas y Florencia, en que la habilidad técnica se une a la fuerza creadora.

Distingamos los artistas y las obras. Documentos tales como el «álbum» de Villard de Honnecourt y las cuentas de gastos proporcionan algunos datos sobre los artistas del siglo XIII. Por otra parte, quedan todavía en Francia y fuera de Francia bastantes muestras y restos del arte francés en tiempo de los últimos Capetos directos, para que se nos haga bastante fácil indicar los caracteres generales.

I.—Un artista del siglo XIII, Villard de Honnecourt, según su álbum (3)

Lo raro de las noticias relativas a los artistas del siglo XIII da mayor importancia al «álbum,» libro de croquis y memento, conservado por azar, de un práctico del tiempo de Luis IX. Este documento, único en su género, es un pequeño volumen de treinta y tres hojas de pergamino, cosidas bajo una piel espesa y grosera, que se dobla sobre la cerradura,» cuyas hojas están cubiertas de bocetos y notas explicativas en dialecto picardo. Léase al principio: «Villard de Honnecourt os saluda y pide a todos los que hayáis de trabajar en los diversos géneros de obras contenidas en este libro, que roguéis por él: porque en este libro podéis encontrar

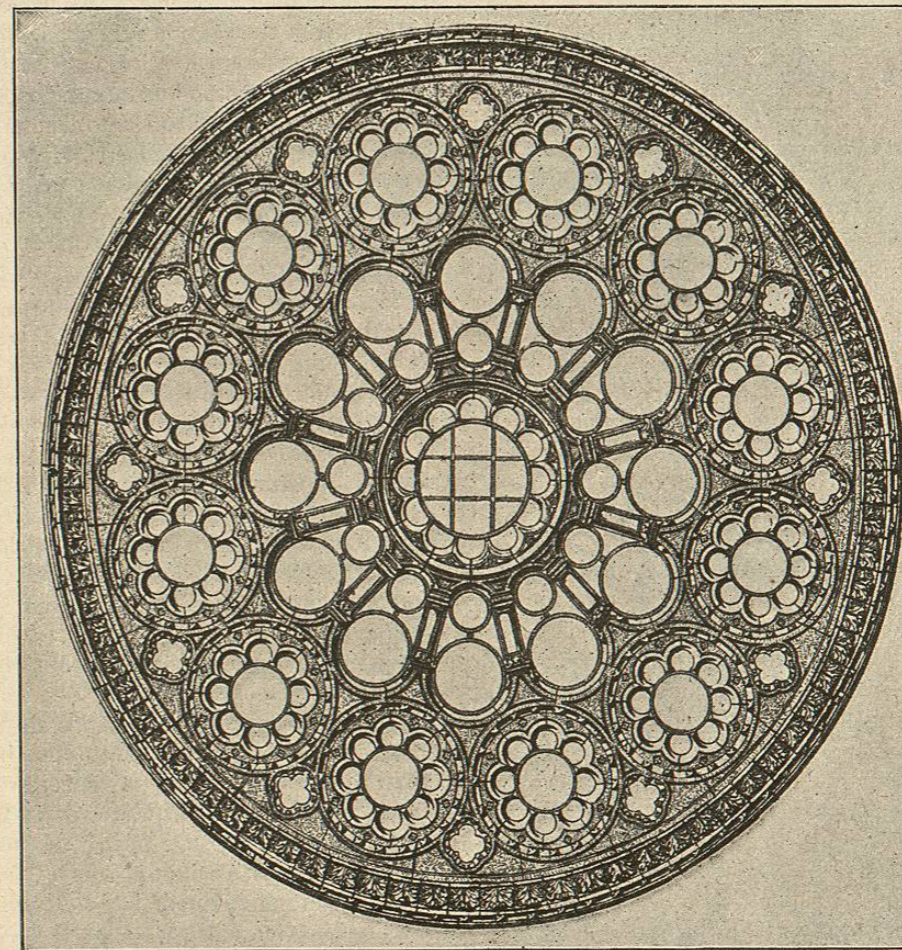
(2) A. Gonse, *L'art gothique*, 1890. Carlos H. Moore, *Development and character of gothic architecture*, segunda edición, 1899.

(3) El álbum de Villard de Honnecourt ha sido publicado por Lassus y Darcel en 1863. Consúltese *Bibliothèque de l'École des chartes*, 1895, págs. 1 a 20.

un auxiliar para instruíros en los principios fundamentales de la albañilería y carpintería. Encontraréis también el método de dibujar al trazo, según lo quiere y enseña el arte geométrico.»

Honnecourt es un lugar a orillas del Escalda, en el distrito de Cambrai, donde había, en el siglo XIII, un priorato de la orden de Cluni. A seis kilómetros de aquí se terminaba, en la época en que Villard era joven, la gran abadía cisterciense de Vaucelles.

desde 1235 a 1250 son verosímilmente obra de nuestro hombre. Sería interesante buscar en las ruinas que subsisten su marca de fábrica. Esta marca de fábrica puede verse en la iglesia colegial de Saint-Quentin (Aisne), que fue consagrada en 1257: con efecto, las elevaciones interior y exterior del coro de este monumento se conforman con las de la catedral de Reims, anotadas en el «álbum;» el motivo húngaro del «álbum» vuelve a encontrarse en el pavimento del *narthex* de Saint-Quen-



Rosetón de la fachada de la catedral de Chartres. (Croquis del álbum de Villard de Honnecourt.)

Es muy probable que en los talleres de Vaucelles (cerrados en 1235) hiciera el autor del «álbum» su educación y primeras enseñanzas. Después viajó: «He estado en muchas tierras,» dice. En Laón tomó croquis de una de las torres de la catedral, «la más hermosa torre que hay en el mundo,» a su juicio. Hizo en Reims estudios en la catedral que se estaba construyendo. Anotó en su memento la planta de San Esteban de Meaux, el dibujo del rosetón occidental de la iglesia de Nuestra Señora en Chartres y detalles de la catedral de Lausanne. Cuando pasó por Lausanne, iba a Hungría; en Hungría vió, dice, cierto pavimento de iglesia, cuyo motivo reproduce. Los monjes cistercienses de Hungría, que probablemente venían del Cambresis y del Artois, y tal vez de Vaucelles, construían entonces gran número de abadías; y sin duda para servirles se trasladó Villard a tan lejanos países. Sea como fuere, algunos de los numerosos edificios cistercienses construídos en Hungría

tin; el plan de una de las capillas de esta iglesia es parecido al de las capillas de Vaucelles, y el trazado incorrecto del rosetón de Chartres se reproduce en dicha capilla. Vense aquí, a lo vivo, los procedimientos de trabajo del arquitecto y del decorador: combinó los detalles que le habían complacido en diversos edificios. Este método estaba muy en boga. De ahí las semejanzas extraordinarias que se notan ahora entre monumentos con frecuencia muy alejados unos de otros. Villard no se contentaba, por otra parte, con imitaciones: había imaginado, en colaboración con un colega, llamado Pedro de Corbie, una planta de iglesia en que alternaban capillas cuadradas con absidales alrededor del deambulatorio: esta disposición poco común fue realizada en la catedral de Toledo, cuyo arquitecto, muerto en 1290, es conocido bajo el nombre de maese Pedro; no es imposible que este arquitecto de Toledo sea el amigo de Villard de Honnecourt.